

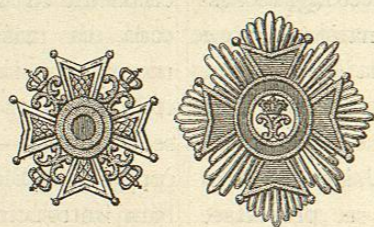
porque, en efecto, el monarca le encargó desde luego la formación del nuevo Gabinete, en el cual tomarían asiento al lado de los antiguos y experimentados amigos de Canning, Melbourne, Palmerston, Goderich, Grant, hombres nuevos como Holland, Lansdowne, Durham (Lambton), Althorpe, Brougham y Graham.

Este gobierno era un gobierno de coalición, en el cual se daban las principales carteras á los antiguos amigos de Canning, hasta entonces adversarios de la reforma parlamentaria, y el ultratroy, duque de Richmond, había de entrar en el Gabinete, y no fué lo peor que se diera á Palmerston la cartera de Estado, á Melbourne la Gobernación y al inhábil y flemático Althorpe la Cancillería del Echiquier y la dirección de la Cámara, sino que á los hombres nuevos y liberales se les dieron carteras contrarias á sus estudios é inclinaciones, naturalmente con la sana intención de que no pudiesen hacerse sentir desde luego.

Dicho se está que en los primeros momentos no se reparó en nada y con tanta mayor razón cuanto

que el programa del nuevo gobierno expuesto por Grey no dejaba que desear. El gobierno declaraba por boca de su presidente su política pacífica, su firme voluntad de vivir en paz con todos los pueblos y hacía alarde de sus simpatías por Francia, cuyas instituciones se apoyaban en las mismas bases que informaban las inglesas. Luego, ocupándose de los asuntos interiores, prometió hacer las mayores economías posibles, reprimir los abusos administrativos, mejorar la situación de los pobres, —el pauperismo no existe en Europa sino en Inglaterra,—encareciendo por encima de todo la necesidad de resolver la cuestión de la reforma parlamentaria, anunciando en consecuencia que presentaría en breve un proyecto que asegurase al pueblo la parte que le correspondía en los grandes consejos de la nación.

Y cumpliendo lo prometido, Grey hizo nombrar en 20 de Noviembre la Comisión encargada de proponer los proyectos de ley anunciados, suspendiendo entonces la Cámara sus sesiones para reanudarlas de nuevo el 3 de Febrero de 1831.



Brunswick: Orden de Enrique el León



CAPITULO XLIII

LA REVOLUCIÓN EN POLONIA

Los conspiradores en Varsovia.—El 29 de Noviembre.—Retirada del Gran Duque.—Lucha entre los partidos demócratas revolucionarios y conservadores aristocráticos.—Loubbecki.—Dictadura de Chlopicki.—Influencia creciente de los patriotas.—Caída del dictador.—Declaración de independencia.



ATENENTE el estado de insurrección en Polonia y en actividad sus asociaciones de patriotas, no es de extrañar que Zalinski, conocedor del estado de cosas de su patria y atento á las agitaciones de Francia, preveyendo el desenlace de estas, se mostrara dispuesto á aprovechar el efecto que habían de producir para conseguir la emancipación y la libertad de su patria.

Zalinski veía bien y acertaba en sus previsiones; pero el patriota polaco se equivocaba al contar con el apoyo indudable de la Francia liberal, que de ningún modo podía resucitar guerrera como el imperio sino pacífica y progresiva, pues de lo contrario, la Santa Alianza, que en vano pretendió reanimar el emperador de Rusia contra Luis Felipe, hubiérase puesto en movimiento por sí misma, espontáneamente, porque las naciones europeas se hubieran encontrado de nuevo en presencia de los enemigos de la libertad de los pueblos.

Llegó la noticia de lo ocurrido en París, en Varsovia, el día 6 de Agosto, y ya el 12 del mismo mes Zalinski reunía en su casa de campo, en Mariemont, á una veintena de sus amigos, á Wisocki y á los suyos, conviniendo todos en que había llegado el momento de apresurar el alzamiento de Polonia.

Creía Zalinski que la insurrección podría estallar para Febrero de 1831, pero este plazo parecía desmesuradamente largo á los que creían que basta que las causas sean justas para que todos los hombres de honor se levanten para defenderlas y de esta opinión era, naturalmente, la juventud incapaz de sentimientos egoístas y cuyos principales agitadores eran Mochnacki, Bronikowski, Nabelack, Gozcgynski, Dembenki y Zonkovski, sin embargo, bien que no se fijó el movimiento para Febrero, se acordó que no fuese inmediato, y esta opinión sostuvieron los que luego habían de demostrar que eran los más decididos y enérgicos: los Ostrovski, los Urbanski y los Mochnacki.

Tiempo, en efecto, se necesitaba para disponer al ejército polaco á secundar el movimiento, pues aun cuando los patriotas creyeran poder contar con el patriotismo del ejército, no era prudente confiar en que éste se moviera como el imán mueve el acero por la simple atracción de la magia de las palabras libertad é independencia de la patria, y de esta previsión de lo futuro, tuvieron necesidad de convencerse pronto, pues habiéndose dirigido resueltamente á los generales polacos que se habían hecho una reputación durante las guerras napoleó-

nicas, como Chlopicki que se la había hecho en España y otros viejos generales, todos ellos se mostraron reservados y desconfiados, incluso el mismo Chlopicki, con quien habían contado siempre incondicionalmente,—bien que sin consultarle hasta entonces,—todos los revolucionarios desde Lonkaski a Zalinski. En efecto, ahora Chlopicki como en 1821 Ouminski, ni alentaba ni descorazonaba a los patriotas.

Creyeron los agitadores que las reservas de los generales se debían a lo que se podía esperar de su avanzada edad, de la prudencia que necesitaba la obra de la redención de la patria, para que no diese por resultado toda imprudencia que se remachasen sus cadenas; así es, que aceptando aquellas reservas como un consentimiento tácito, procedieron adelante con la organización del movimiento nombrando un Comité Directivo compuesto de Soltycks, Z'vierskovski, Mochnacki, el abogado Bronikowski, Ostrovski, Wysocki, Zalivski, Schlegel y otros. De este Comité salieron a seguida los encargados de trabajar los regimientos polacos en Polonia, Lithuania, Podolia y Volhynia, pues los regeneradores querían levantar la antigua, la grande Polonia, lo cual era tal vez muy imprudente, pues era extender la agitación a provincias, sino ya rusas, bastante *rusificadas*, para poder contar que en ellas el grito de ¡Viva Polonia! podía tener la misma entusiasta acogida que en el corazón de Polonia.

En el Comité Directivo se había puesto a Bronikowski, con quien se creía poder contar con razón lo mismo que con Lelevel; pero estos cuando se les pidió que designaran en cada provincia uno de sus colegas para presidir el movimiento y formar el gobierno provisional en ellos, se presentaron más reservados y fríos de lo que podía imaginarse, pues a causa misma de la magnitud de la empresa y de la inexperiencia y escasa autoridad de los agitadores, no veían muy viable el movimiento. Esta misma reserva encontraron en la mayor parte de los coroneles y generales polacos, a quienes se pedía la cooperación activa é inmediata.

Compréndese la reserva de los militares polacos y demás gente oficial, porque en estos mismos días Loubecki sabía que el emperador de Rusia contaba con los sesenta y siete millones de florines que él había atesorado para poner en movimiento precisamente el ejército polaco contra Francia, pues el emperador no esperaba sino la conformidad de Prusia para que el ejército polaco-ruso de Polonia se pusiera en movimiento, de modo que los militares polacos sentían ya moverse a su lado los rusos en el

mismo momento en que los patriotas polacos creían poder sorprender a los moscovitas.

Este estado de cosas no era desconocido de Zalivski y los suyos, pues, contando con buenas relaciones en San Petersburg, de los mismos centros oficiales recibían noticias de lo que se preparaba, así Zalivski hasta aseguraba haber leído las órdenes para reunir y concentrar las tropas en Lithuania y la orden dada a Kramiski de marchar a Silesia.

Loubecki que estaba, naturalmente, mejor enterado que Zalivski de lo que ocurría en las altas esferas gubernamentales, tuvo con éste varias entrevistas aconsejándole la moderación y la prudencia; pero ¿cómo podía rendirse Zalivski a tales consejos? ¿Cómo consentir él, liberal y patriota, que la sangre y el dinero de Polonia se emplearan en una guerra de reacción europea, para someter la Bélgica a Holanda, la Francia a los borbones?

Dicho se está que a medida que se fué extendiendo el círculo de los iniciados, las imprudencias se fueron haciendo mayores, y la unidad de miras más difícil, porque en casos tales siempre la crítica de la Dirección es inevitable; por consiguiente las autoridades tuvieron conocimiento de que se conspiraba, y Loubecki mismo se lo comunicó al Gran Duque, mientras Novosiltzov le participaba que los estudiantes y las clases del ejército andaban en reuniones y en contactos sospechosos. Adoptáronse precauciones, se vigiló la escuela de Cadetes que dirigía el general Trembicki y se puso presos a Ousbanski y Wysocki; pero éste supo disimular y se le puso en libertad después de habersele interrogado.

Era, pues, necesario apresurar el momento de la insurrección ó desistir de ella, pues los peligros crecían. Zalivski y Wisocki se avistaron con Lelevel, y como éste creía que si en efecto se lograba poner en fila a los cuarenta mil hombres del ejército polaco, la nación en masa seguiría, decidieron que el movimiento estallara el 29 de Noviembre, pero que a los batallones y demás comprometidos no se les revelara el plan hasta la víspera del día fijado para el movimiento.

Llegado el 28 de Noviembre reuniéronse los jefes en casa del subteniente Baskievicz que propuso que estallara la insurrección tan pronto se hubiese asesinado al Gran Duque en la plaza de Sajonia, a lo que se había comprometido el galitziano Nabelak. Las operaciones habían de principiar, pues, por el ataque del Belvedere ó palacio Gran-Ducal, con orden a los conjurados de matar a todos los enemigos de Polonia que allí encontraran, es decir, a todos

los miembros del gobierno y de la policía que habían hecho sentir a Polonia la tiranía rusa, sin excluir a todo polaco, general, ó lo que fuese, que se opusiese al movimiento insurreccional.

Favorecía la acción de los conjurados la profunda convicción del Gran Duque, de la cual participaba el mismo general Chlopicki, de que el ejército polaco era incorruptible; por consiguiente, contando ó creyendo poder contar con el ejército, para él todo se reduciría a dejar en Varsovia a los revoltosos, saliéndose él a fuera con la guarnición para bloquearlos; ya que, después de lo ocurrido en París y Bruselas era corriente entre los militares que la guerra de barricadas no les convenía. Y como de esta opinión del Gran Duque participaba todo el elemento aristocrático, enterado de lo que se preparaba en vista del personal que dirigía el movimiento, compuesto según Loubecki, de «abogados sin clientes, médicos sin enfermos y oficiales subalternos descontentos con su posición,» el Gran Duque respiraba una atmósfera engañosa sin que nadie, empero, tratase de engañarle.

La guarnición de Varsovia era numerosa, pero los regimientos polacos superaban en fuerza a los rusos, quienes no aventajaban a los polacos sino en caballería, la arma menos útil para una guerra en las calles.

El plan de operaciones de Zalivski era bueno y bien meditado, pero en 29 de Noviembre de 1830 habían de pasar en Varsovia las mismas peripecias que luego se han reproducido centenares de veces en todos los movimientos insurreccionales, pues el menor contratiempo desbarajusta el plan mejor concebido sin poder impedir que se vaya cumpliendo parcialmente si hay energía en los jefes particulares, dependiendo entonces el éxito de esas mismas energías, y como siempre se reservan para el último momento operaciones para las cuales se cree poder contar con determinadas personas, no es raro que éstas falten por lo atrevido de la empresa ó por otras circunstancias. Así ahora se había contado con que Sieravski y Potocki tomarían el mando de las fuerzas dentro de la capital, y el 29 de Noviembre Sieravski estaba ausente y Potocki no se sentía, al confiársele el mando a la víspera, con voluntad bastante para desempeñar un papel de tanta trascendencia en una obra que imperfectamente conocía. Por razones idénticas, el movimiento en provincias que había de auxiliar el de la capital, se paralizaba.

La seña para lanzarse los conjurados a la calle era la del fuego a que se había condenado una cer-

vecería situada en el Szonlec, vecina al cuartel de Caballería.

Reunidos estaban en dicho día y a las seis de la tarde, hora convenida, los estudiantes y paisanos que debían asaltar el Belvedere al pié de la estatua de Sobieski, llevando a su frente a Nabelak y al poeta Goszcynski, que había escapado de la Ukraina y estaba escondido en Varsovia, cuando viendo que la hora pasaba y que la señal convenida no se daba, se dispersaron para saber lo que ocurría. En aquel momento se oyó tocar a fuego, pero no se sabía si se trataba del fuego convenido, pues no se veían las llamas, y como el grupo de Nabelak se encontrara en la calle con el de Wysocki se pusieron de acuerdo, y mientras éste corría a sacar los cadetes, Nabelak al frente de diez y ocho hombres penetró en el Belvedere y dió de puñaladas al vicepresidente del gobierno Loubovicki y al general Zandar a quien se tomó por el Gran Duque, y como creyeran terminada su obra salieron a la calle sin daño, porque nadie pudo resistir la empresa.

Iniciado el movimiento a lo que salga, no fué posible intentar siquiera el desarme de las tropas rusas, de modo que éstas no eran inquietadas por nadie, sólo los cuarteles de las tropas polacas se veían asaltados por los conspiradores para arrastrar las tropas allí acuarteladas.

Los cadetes, en número de ciento sesenta, armados de carabinas, viendo que no se les secundaba se fueron al puente de Sobieski, en donde se les juntaron los del Belvedere que eran todas las fuerzas que la revolución tenía en aquel momento en la calle, y como nadie sabía lo que pasaba, Mochnacki salió para ver que hacían las seis compañías de cazadores, con las cuales principalmente se contaba y que debían haber cooperado al ataque del cuartel de Caballería a donde habían ido inútilmente los cadetes, y cuyas seis compañías faltaron porque el general Kournatovski las había dirigido al Belvedere en auxilio del Gran Duque.

Resueltos los cadetes a reanimar la sublevación, penetran de nuevo en la ciudad y topan con los coraceros y lanceros que les cargan, refugiándose aquéllos en el cuartel Radzivil, entonces en construcción, en donde se trabó el primer combate, viéndose, naturalmente, obligada a retirarse la caballería que no pudo impedir que Wysocki marchara al Arsenal.

Zalivski, que se encontraba aquí esperando fuerzas para atacar el Arsenal, viéndose sin ellas pegó fuego a una casa en construcción para que los sublevados acudiesen allí; pero este incendio, si bien